

CAPÍTULO III

LA BRÚJULA.—DESCUBRIMIENTOS DE LOS PORTUGUESES.

Los navegantes no podían aventurarse á largos viajes, sin que se perfeccionara el arte de construir barcos y dirigir su marcha en todas las estaciones. En un principio, no sabían orientarse de día sino con la vista de las costas y de noche por las estrellas. La navegación debía, pues, cesar en la época de las noches largas y de los días nebulosos, es decir, desde principios de noviembre hasta mediados de febrero, ó limitarse á viajes de un cabo á otro (1) tomando puerto todas las tardes. Se continuó navegando de esta manera, hasta después del siglo XII en que fué inventada la brújula.

Parece que Homero no conoció más que los cuatro vientos cardinales: Boreas, Euro, Noto y Céforo; y aunque la ciencia augural de los etruscos subdividía cada punto del cielo en otros cuatro, de modo que eran diez y seis, los griegos no conocieron, según parece, más que la rosa de ocho vientos, tal como se halla representada en la torre de Andrónico en Atenas, y empleada en los usos comunes de la vida. Existía otra más antigua de doce vientos derivada probablemente de la escuela pitagórica, para quien este número era ritual (2). Ahora bien, es notable que las primeras brújulas se hallen divididas precisamente en doce rumbos (3), lo que hace se la crea de origen italiano:

(1) La palabra *cabotaje*, se deriva del español *cabo*, y sirve para indicar un viaje de corta duración, de cabo á cabo, por decirlo así, á diferencia de los largos viajes.

(2) Plinio habla de ella, y Vitruvio parece que también alude á ella, al dar su Rosa de los vientos.

(3) En el *Isolario* de BENEDETTO BORDONI, impreso en Venecia por Nicolás Aristotile, llamado el Zoppino, en junio de 1533, y reimpresso en la misma ciudad en 1547 por Federico Fiescalo, se encuentra esta división con el

tanto más, cuanto que hay en este idioma nombres propios para indicar los vientos cardinales y los intermedios, por ejemplo, *cuarto de Poniente por libeccio*; al paso que con los nombres alemanes sería preciso espresarse por octavos. En fin, los mismos nombres de brújula y de compás son italianos.

Está fuera de duda que los antiguos conocían en el iman la propiedad de atraer el hierro, y un pasaje de Alberto el Grande nos haría creer que Aristóteles en su libro *sobre las piedras*, perdido en el día, presentó la opinión de que se dirigía al Norte (4). Nada indica que los antiguos hayan usado de él; hasta el mismo pasaje de Alberto el Grande, aun cuando se le quisiese considerar como tomado de una versión árabe del Estagirita donde hubiera sido intercalado, nos demuestra que la polaridad del iman era conocida en la Edad Media. Una vez observada esta propiedad, era fácil aplicarla al arte de la navegación; ahora bien, el cardenal Jacobo de Vitry, muerto en 1240, se espresa de esta manera: «El diamante (iman) que se encuentra en la India atrae el hierro por cierta

nombre de *bossolo antico* en contraposición á la brújula moderna.

(4) Dice así: *Ad hoc autem Aristoteles, in libro De Lapidibus, dicit: Angulus magnetis cujusdam, est, cujus virtus apprehendendi ferrum est ad ZORON, hoc est, septentrionalem, et hoc utuntur nautae; angulus vero alius magnetis illi oppositus, trahit ad APHRON, id est, polum meridionalem et si approximes ferrum versus angulum ZORON, convertit se ferrum ad ZORON; et si ad oppositum angulum approximes, convertit se directe ad APHRON. De Mineralibus libro I, trat. III, 6.—Zoron y Aphron son palabras que no pertenecen á ninguna de las lenguas conocidas; nosotros nos inclinamos á creerlas de los antiguos fenicios, que tenían la Siria al Norte y el Africa al Mediodía?*

fuerza oculta: una aguja de hierro después de ser tocada por él, se vuelve siempre hácia la estrella del Norte; por esto es muy necesario á los que navegan por el mar.» (5)

La brújula se empleó primero con el nombre de *rainetta*, y Vicente de Beauvais nos la describe de esta manera: «Cuando los navegantes no pueden conocer el camino que debe conducirlos al puerto, frotan sobre el iman la punta de una aguja, la enebren en una paja y la ponen en un vaso lleno de agua, al rededor del cual da vueltas el iman. La punta de la aguja se dirige al momento hácia el iman, que después de haber dado algunas vueltas se separa de repente; entonces la punta de la aguja se vuelve hácia la estrella, y no se separa más.» (6) Poseemos una descripción semejante hecha por un trovador (7), y una alusión á la brújula de un poeta provenzal (8); pero ambos son de fecha desconocida.

Compréndese á primera vista, aun cuando nunca se haya visto una nave, cuán rara vez se consigue una calma completa para poder sacar partido de tan tosco instrumento, y por esta razón, para hacerle utilizable aun en tiempo contrario, se colocó la aguja en equilibrio sobre un pernio, encerrado en una caja, suspendida de modo que cualquiera que fuese el movimiento se mantuviera horizontal, y marcando en ella y aplicándola á la rosa náutica, se tuvo la brújula (9).

Que Flavio Gioja, á quien los italianos atribuyen este descubrimiento, era natural de Amalfi, lo indica suficientemente el ver que la rosa de los vientos no es más que el desarrollo de la cruz enarbolada por esta ciudad en su bandera, y que

(5) *Hist. hieros*, cap. 89.

(6) *Speculum doctrin.*, XVI, c. 134.

(7) *Icelle étoile ne se meut,
Un art font qui mentir ne peut
Par vertu de la rainette,
Une pierre laide e noirette
Où le fer volontier se joint,
Et si regarde le droit point,
Puisque l'eguille l'a touchée,
Et á un festuc l'ont fichée;
En l'eau le metten sans plus,
Et li festuc li tient dessus;
Puis se tourne la pointe toute
Contre l'étoile; si sans doute
Que japer vien ne faussera,
Ne mariniers n'en doutera.
Contre l'étoile va la pointe
Parce sont les mariniers cointe
De la droite voye tenir.
C'est un art qui ne peut mentir.*

(8) *Mas ira de mal temps lor á fracsat lur vela:
Non val li camarida puecan segre l'estela.*

RAYM PERAUT.

Brunetto Latinis, muerto en 1294, habla también en su *Tesoro*, lib. II, c. 49; y no lo da como novedad.

(9) Los escritores que tratan de este asunto pueden verse en una disertación de GRIMALDI, *Ensayos de la Academia de Cortona*, t. III, pág. 195.

después sirvió de distintivo á los caballeros de Malta. Amalfi adoptó más tarde por armas la brújula; pero se ignora en qué tiempo. Los franceses quisieron también atribuirse la invención por la flor de lis que se aplica á ella; ¿pero quién puede decir en qué época comenzó semejante uso? El mismo Gioja no puede también haberla colocado en ella para honrar á la casa de Anjú que entonces reinaba en Nápoles?

Hay quienes zanján la diferencia usurpando á la Europa la primera idea de este precioso instrumento para atribuirla á los chinos. Es un hecho que el iman se encuentra mencionado en las historias más antiguas que existen de ellos, con su propiedad de dirigirse al Sur, como ellos dicen. A invitación de Alejandro de Humboldt, se hicieron indagaciones con respecto á este asunto en los libros chinos por Klaproth; y no sólo encontró que el uso de la aguja magnética ascendía en aquel país á una remota antigüedad, sino que reconoció que su declinación estaba señalada en una *Historia natural*, compuesta en tiempo de los Sung por Ken-tung-chi, de 1111 á 1117. «Si frotas, dice, una punta de hierro en el iman, adquiere la propiedad de dirigirse al Sur, pero declina siempre hácia el Oriente (Noroeste), y no se dirige rectamente al Mediodía. Si se toma, pues, un hilo de algodón y se pega con un poco de cera á la mitad del hierro, la aguja se dirige al Sur, con tal de que no haga viento. Si se enebra la aguja en una caña pequeña y se pone á sobrenadar en el agua, también señala al Sur, pero siempre declinando hácia el punto *ping* (¼ Sur).» (10).

Como ya hemos tratado con respecto á otras invenciones, ésta ha podido ser traída á Europa por los viajeros, sobre todo por Marco Polo, ó bien por los tártaros; y tal vez no se dió gran importancia al primero que la hizo conocer, por no haber hecho más que introducirla; por lo demás, el uso no llegó á ser general hasta el siglo XIV (11).

(10) KLAPROTH, *Carta á M. Alej. de Humboldt sobre la invención de la brújula*, pág. 68.

(11) Como es necesario buscar con frecuencia para el período de la Edad Media, en los libros las más frívolas é interesantes nociones, á los poetas es á los que deberemos también ahora la indicación de los instrumentos de que se servían los navegantes. Se lee en la novela de *Guerino Meschino*, traducida al italiano á principios del siglo XIV pero ciertamente anterior: «Los marinos van seguros por el mar con el iman y las estrellas y con el auxilio de la carta y con la brújula de iman.» Pág. 69; Padua, 1473. Gorodati se espresa de esta manera en un poema en octavas sobre la *Esfera*, atribuido sin razón á Zanobi Strada (libro III 221), escrito á fines del siglo XIV é impreso en Florencia en 1482:

*E con la carta dove son segnati
I venti, e porti e tutta la marina,
Vanno per mare mercanti e pirati...
Col bossol della stella temperata
Di calamita verso tramontana,*

Los normandos, estos intrépidos navegantes que se adelantaban hasta el mar Glacial, al mismo tiempo que se arrojaban como conquistadores sobre la Francia y la Baja Italia, fueron los primeros que supieron desplegar sus velas de manera que pudieran adelantar camino hasta con viento contrario; arte de tal manera admirado entonces, que se atribuía á encantamiento (12). La ciencia de la navegacion se perfeccionó aun más cuando una asamblea de sábios reunida por don Juan de Portugal, sugirió la idea de aplicar á ella el astrolabio de mar. Es un anillo metálico de cerca de quince pulgadas de diámetro, suspendido á otro anillo fijado en la parte superior del instrumento. El borde exterior del gran anillo marca los grados por medio de una aguja que se mueve en rededor del centro. Para observar se coge el instrumento por el anillo pequeño, volviéndole hacia el sol, de modo que sus rayos pasen por los dos niveles de que está provisto. En esta posicion, la aguja sirve para marcar los grados de la altura en que se halla el observador. Así, pues, formadas las tablas de declinacion del sol, para cada dia, podia determinarse en un momento á qué distancia se encontraban del Ecuador. Pero estaban todavia muy lejos de la perfeccion actual; baste decir que el cuadrante de que se servian para tomar la elevacion de los astros, tenia un hilo á plomo, y es bien fácil figurarse cuán inexactas debian ser las observaciones hechas en el mar.

En la misma época se mejoraba la construccion de los buques. Jal al hablar de los que se usaban en tiempo de las cruzadas (13), se maravilla, de que con construcciones tan imperfectas, se atreviesen á trasportar al otro lado de los mares poblaciones enteras. La escuadra de san Luis, segun dice Joinville, se componia de mil ochocientos buques grandes y pequeños, y sólo algunos que otros en tan larga travesia sufrió detrimento, aunque no de importancia. Conforme á las inducciones de este sabio, los buques de entonces no se diferenciaban mucho en cuanto á la forma, la magnitud y las proporciones de nuestros barcos de transporte, y se

*Veggion appunto ove la prora guata...
Bisogna l'orologio per mirare
Quante ore con un vento sieno andati,
E quante miglia per ora arbitrare
E troveran dove sono arrivati.*

«Con la carta donde se encuentran marcados los vientos, los puertos y toda la marina, surcan el mar piratas y mercaderes... Con la brújula, cuya imantada aguja se dirige hácia la estrella del Norte, se conoce por donde va la proa y por donde dirigir las velas. Es necesario reloj para saber cuántas horas se ha andado con un viento por las ágiles olas, y calcular cuántas millas se han navegado en una hora. De esta manera se sabrá el punto donde se encuentra el barco...»

(12) FORSTER, *Viajes del Norte*.

(13) Discurso á la Academia Francesa, 1837.

aproximaban á las gabarras del dia y á las galeotas holandesas. Su inferioridad procedia principalmente de los aparejos, que se limitaban á una vela latina, pesada y difícil de manejar. Además su parte inferior distaba mucho de ofrecer las comodidades que se hallan en los nuestros. Por ejemplo, de las ochocientas personas que llevaba el navio de san Luis, las dos terceras partes estaban, por decirlo así, hacinadas en los entrepuentes, y estaba prevenido que se acostasen dos en el sitio de uno, colocándose de pies con cabeza (*uno tenente pedes versus apud alterius*): los caballos ocupaban veinte y siete pulgadas de ancho cada uno: se los suspendía ó colgaba con unas cinchas, y se les daba friegas de cuando en cuando para desentumecer sus miembros.

Las mismas cruzadas contribuyeron á mejorar la disposicion de las naves. Venecia usaba cinco clases de galeras: las grandes, para el viaje de Flandes y de Inglaterra; otras diferentes para el de Tana y Constantinopla; tenia además la galera ligera, la nave latina y la cuadrada. Un individuo que sirvió en aquellos buques, en el siglo xv, nos ha dado á conocer sus dimensiones (14). La galera grande tenia veinte y tres pasos y tres pies y medio de manga, diez pies de eslora por diez y siete y medio de entrepuente, y ocho pies de cubierta á arriba, pero carecia de obra muerta. El timon ó estribor se movia con una jamba por lado. La galera de Levante, tenia veinte y tres pasos y tres pies de manga, diez pies de eslora y llevaba cuatro velas. Las más ligeras siete pies y medio de largas y llevaban tres velas, en lo que se asemejaban á las nuestras. Las naves latinas, doce pasos de quilla, nueve pies de anchura, veinte y cuatro de entrepuente y nueve y medio de cubierta, por diez y seis de largo: el timon tenia cuatro pasos y llevaban dos bateles de treinta pasos y una góndola de veinte y cuatro. La nave cuadrada, trece pasos de quilla, nueve y un cuarto de anchura de veinte y seis y medio de ancho; cargaba trescientas toneladas. Las naves rostradas, llamadas Gatos, tenian cien remos (15). En las que se llevaron al lago para hostilizar á Nicea, iban ciento cincuenta soldados (16). Sanuto valuó el sostenimiento de una galera en siete mil zequetes anuales (17). Del tratado concluido entre san Luis y Venecia se colige que la nave Santa Maria tenia de largo ciento ocho pies, setenta de quilla; [distaba la popa de la proa treinta y ocho pies y subía su tripulacion á ciento diez marineros, y la Rocaforte, ciento diez pies de largo y setenta de quilla; las demás variaban de ochenta á ciento. Quince naves debian transportar cuatro mil caballos y diez mil perso-

(14) Manuscrito de la Magliabecchiana, clas. XIX, código 7.º

(15) GUILLERMO DE TIRO, *Gesta Dei*, lib. III.

(16) *Ibidem*.

(17) *Secr. fidel. crucis*, I, 8.

nas (18). Gran fama alcanzaban las carracas de Venecia y especialmente las carabelas (19) de España y de Portugal, moles que después llegaron á construirse con más solidez para que pudieran resistir mejor los choques del Océano.

Aun con anterioridad á estas mejoras, la actividad siempre creciente de los europeos los habia impulsado á buscar nuevas tierras más allá de aquellas columnas, que todavia se llamaban los confines del mundo. En 1281, Vadino y Guido Vivaldi salieron de aquella ciudad con dos galeras, para dar la vuelta al Africa y llegar á las Indias. La una encalló en la costa de Guinea, y la otra arribó á Menam, en Etiopia; pero estos dos buques fueron sucesivamente capturados, y ni uno solo de sus tripulantes pudo escaparse. Se cita esta expedicion en los itinerarios de Antoniotto Usodimare: después, Pedro de Abano y Cecco de Ascoli refieren que Teodosio Doria y Ugolino Vivaldi, estimulados por aquella tentativa, se hicieron á la vela en 1292, acompañados de dos franciscanos para hacer la misma travesia, pero que no se volvió á oír hablar de ellos (20). Estos navegantes, ú otros de la misma época, descubrieron las islas Canarias ó Afortunadas, en donde Petrarca dice que habian penetrado ciertos genoveses en el siglo anterior al suyo (21).

En nuestros dias se ha publicado un manuscrito de Boccacio que contiene una relacion del descubrimiento de las Canarias y otras islas del Océano, nuevamente encontradas en 1341. Se funda en las noticias recogidas en Sevilla por los comerciantes florentinos, del genovés Nicolás de Recco, uno de los jefes de aquella expedicion, y que aun cuando ha permanecido ignorado, debe colocarse entre los grandes navegantes del siglo xiv (22). Segun

(18) LEIBN. *Cod. jur. gen. diplom.*, p. 24 y siguientes. CARLI, *opere*, t. V, p. 47, dis. VII. *Sobre la moneda*.

(19) El nombre de carabela se supone viene del de carabela, aspecto hermoso; pero nosotros creemos más bien observar en él la raíz de una palabra antigua reproducida en las palabras griegas *καράβιον*, *καράβος*, y lo mismo en las palabras *carabus*, *corbita*, en nuestra *corbeta*, en la *korabla* rusa, etc.

(20) HUBERTO FOLIETE, *Historia general*, libro V. (21) *Eo siquidem et patrum memoria Gennesium classes armata penetravit* (*De Vita solit.*, 12, sect. 6. c. 3).

(22) Tambien por la lectura del *Portulano*, que lo mismo que el *Milione* publicó Baldelli, se deduce que los genoveses y otros italianos las descubrieron y pusieron el nombre de Canarias, y quizá antes que las Azores. Sostiene esta última opinion G. Carrale (*De los antiguos viajeros y descubridores genoveses*, Génova 1846), que aduce este pasaje del continuador de Caffaro: *Eodem anno* (1291) *Theodisius Auria, Ugolinus de Vivaldo et ejus frater cum quibusdam aliis civibus Januæ ceperunt facere quoddam viagium, quod aliquis quisque tunc facere minime attemplavit. Nam armavit optime duas galeas, et de victualibus aqua et aliis necessariis in eis impositis, miserunt eas de mense madii de versus strictum Septe* (el estrecho de Ceuta), *ut per mare Oceanum irent ad partem Indie, merci-*

lo que allí se refiere, el rey Alfonso IV hizo partir de Lisboa, á las órdenes del florentino Angiolin de Tagghio, tres buques que se dirigieron á las islas Afortunadas: al cabo de cinco dias entraron en aquel archipiélago, en donde cargaron pelo de cabra, sebo, aceite de pescado y pieles de foca; probablemente seria en la isla de Lanzarote ó de Fuerteventura. Boccacio designa con el nombre de Canaria la segunda isla donde abordaron, y cuyos habitantes no llevaban más vestidos que una especie de delantales muy cortos hechos de filamentos de palmera ó de pelo de cabra. Desde allí se dirigieron á otra isla, que debe ser la del Hierro, toda cubierta de bosques. Se nos representa su poblacion como leal, viva, fiel, inteligente, de hermosa presencia, robusta, y tanto ó más civilizada que algunos españoles, que contaban como nosotros y colocaba la décima á la izquierda de la unidad. Habiendo llevado varios de aquellos isleños al infante, los mandó dejar en libertad reconociendo que eran de distinta raza que los negros, cuyo tráfico se hacia ya.

Hé aquí, pues, á los italianos buscando de nuevo aquellas islas Afortunadas que habian sido el sueño dorado de los antiguos. Después en 1344, Luis de La Cerda, conde de Clermont, equipó dos naves con permiso de Pedro IV de Aragon, y fué á asaltar á los habitantes de Gomera; pero la numerosa poblacion de aquella isla le rechazó. Diez años después preparó otro armamento para intentar la conquista de las Canarias, y el papa Clemente VI le coronó rey de ellas en Aviñon; mas habiéndose puesto enseguida al servicio de Francia contra los ingleses, renunció á aquella empresa.

En 1393, una compañía de andaluces y vascongados, formada en Sevilla con autorizacion de Enrique III, despachó cinco buques para explorar las costas de Africa, los cuales visitaron desde el paralelo 34º al 29º sin perder de vista la costa. Cuando se encontraron al frente de las Canarias, las llamas del volcan de Tenerife asustaron de tal modo á las tripulaciones, que no se atrevieron á abordar á ella, y la llamaron isla del Infierno. Después de saquear á Lanzarote, regresaron con un considerable botin de cera, pieles y otras producciones. Los armadores solicitaron hacer la conquista de las Canarias; pero Enrique nada conquistó (23) á su expedicion.

monia utilia inde deferentes. In quibus ierunt dicti duo fratres de Vivaldo personaliter, et duo fratres minores. Quos quidem mirabile fuit non solum videntibus, sed etiam audientibus. Et postquam locum quod dicitur Gozora (Azores), transierunt, aliqua certa nova non habuimus de eis. Dominus autem eos custodiat et sanos et incolumes reducat ad propria. Segun Carrale la isla de Lanzarote debió tomar el nombre de su descubridor Marcelo Lanzarote, genovés.

(23) NAVARRETE, *Coleccion de los viajes y descubrimientos de los españoles*.

VIERA Y BENZONI, *Historia de las Canarias*.

MORISOT, *Orbis maritimi historia*.

Juan de Bethencourt, barón normando, exploró, según se cuenta, las costas occidentales de África, no sólo hasta Sierra-Leona como los demás normandos, sino hasta el río de Ouro, de donde volvió con muchos esclavos y noticias; su intención era construir allí un fuerte para someter el país al pago de un tributo. El mismo barón obtuvo (1412) del rey de Castilla, el título de rey de Canarias, en calidad de tributario. Mas no parece que las conquistase en su totalidad: más tarde sus sucesores las cedieron a don Enrique de Portugal, por unos Estados en la isla de la Madera.

Las Canarias comprenden siete islas (24), colocadas en semicírculo á cerca de cincuenta millas de la costa occidental de África, hácia el paralelo 28°. Son en extremo fértiles y de gran belleza, gozan de un clima muy benigno y las dominan montañas volcánicas. Los guanchos que habitaban en ellas y que perecieron por el mal tratamiento de los europeos, eran de hermoso aspecto y muy ágiles, por la costumbre de atravesar sus escarpadas montañas á la manera de las gamuzas, saltando de pico en pico. Arrojan las piedras á una distancia prodigiosa. Vivían en una especie de feudalismo y divididos en dos castas, la de los *achimenceyr*, nobles y propietarios, y la de los *achicaxuas*, plebeyos. Embalsamaban los cadáveres, y los colocaban en nichos abiertos en la peña, los cuales volvían á cerrar con mucho cuidado. No nos quedan de ellos más que ciento cincuenta palabras de un idioma berberisco, que como sus momias, presenta una extraña mezcla de razas diferentes.

Los comerciantes de Dieppe y de Ruan hicieron una expedición á la misma costa de África, y fundaron la factoría del pequeño Dieppe en la embocadura del río de Cestos, que al año siguiente se extendió hasta la costa de Oro, y que establecieron factorías desde el cabo Verde hasta la Mina, en donde construyeron también una iglesia en 1383. Se refiere también que el catalán Jaime Ferrer, en 1346, mandó desde Mallorca dos naves al río del Oro; pero se añade que no volvió á saberse de ellas, y que el citado río debía estar al norte del cabo Bojador, diferente del río Ouro en Guinea, aun cuando estaba marcado en un derrotero del año 1375 existente en la Biblioteca nacional de París (25) y en la carta de Francisco Pizzugno de 1367, que está en Parma.

Todas estas indicaciones son vagas, pues aparecen fundadas en testimonios recientes ó en inducciones infundadas, y aunque fueran veraces, no

(24) Lanzarote, Fuerteventura, Gran Canaria, Tenerife, Gomera, Palma y la isla del Hierro.

(25) Ha sido descubierta por J. A. Buchon. Se lee allí en el costado de un buque. *Partich luxer du fac. Ferrer per mar al rin de l'Or al gorn de San Lorens, qui es á X de agost, i fo en l'an MCCCXLVI. Véase Noticia de los manuscritos de la Biblioteca Real, t. XII.*

pasarian de ser tentativas personales; pero de ningún modo fruto de un vasto designio ó de una intención calculada. Los primeros que acometieron estas empresas con miras elevadas fueron los españoles y portugueses. Bañada su península por dos mares, y situada á la estremidad de la Europa, había sido en otro tiempo el límite de los navegantes: los árabes llevaron á ella los conocimientos que habían adquirido en sus relaciones lejanas, é introdujeron en el país un lujo que hacía necesarias las relaciones mercantiles con el Asia. Cuando después se fueron reponiendo los naturales, y concibieron la esperanza de borrar el oprobio de la dominación extranjera, comprendieron que para conseguirlo era preciso impedir que sus enemigos recibieran continuamente refuerzos de África. En su consecuencia, en cuanto los portugueses reconquistaron su reducido territorio, dirigieron inmediatamente sus pensamientos hácia el mar; procurando de este modo á su país una grandeza asombrosa, gracias á sus constantes y heroicos esfuerzos.

Juan de Portugal desembarcó con sus hijos en África (1415), y después de apoderarse de Ceuta, enfrente de Gibraltar, dejó allí por gobernador al quinto, el valiente don Enrique, guerrero y versado en todas las ciencias de su tiempo; su imaginación se exaltó con las relaciones de viajes, que entonces circulaban. Hizo preguntas á los moros acerca de lo interior del África, é informado por ellos y por los judíos de la existencia de los azenagos, que habitaban al otro lado del país de los negros, como también de las minas de oro de la Guinea, concibió el proyecto de llegar allí por mar. Se estableció en Sagres, la punta más meridional del reino y cerca del cabo de San Vicente, y asociado de personas instruidas, se aplicó al estudio de la geografía, y empleó en los progresos de esta ciencia las riquezas de la orden de Cristo, instituida para la destrucción de los moros. En efecto, la conversión de los infieles y la apropiación de sus tesoros, era el objeto de la empresa, y las damas rehusaban su cariño á los que no iban á hacer proezas en África. Don Enrique había enviado ya un buque á explorar las costas, primera tentativa de los portugueses, que tuvo un éxito desgraciado (1412). Las dispendiosas quimeras ó ilusiones del infante eran motivo de burlas para los poltrones; pero despreciando las preocupaciones populares y los errores de los doctos, no pasaba año sin que despachase un buque, con orden de pasar de donde había llegado el anterior. De este modo sus marinos lograron pasar el cabo Non, considerado hasta entonces (según indica su nombre) como el último punto accesible: de aquí el proverbio que corría entonces: *El que llega al cabo Non, ó tiene que volverse atrás, ó no.*

Después de doblarle encontraron los mayores peligros, porque se vieron obligados á luchar con corrientes rápidas, olas embravecidas y numerosos arrecifes que parecían defender otro cabo si-

tuado en la estremidad de la zona tórrida, que se creía inhabitable. Le llamaron Bojador á causa de los espantosos remolinos que las olas formaban á su derredor. Pero Juan Gonzalez Zarco, y Tristan Vaz Texeira, secundando la noble audacia del príncipe, se ofrecieron á intentar el paso, y se dirigieron al Mediodía. No atreviéndose sin embargo á internarse mucho en el mar, más bien por falta del suficiente arte que de valor, hubieron malogrado su empresa, si un furioso viento que soplabá de la parte de tierra no les hubiese obligado á correr á lo largo. Cretanse ya perdidos cuando calmó el huracán, y el alba les permitió divisar una isla situada en el meridiano de las Canarias, que su inesperada salvación los hizo llamar Puerto-Santo. Su aspecto era encantador, el clima excelente, y los habitantes afables y francos. Encantado Enrique de la descripción que de ella le hicieron, les dió otros tres navios cargados de semillas y utensilios para formar allí una colonia.

Madera.—Durante su permanencia en aquella isla, Vaz y Zarco veían de cuando en cuando en el horizonte alguna oscuridad cuyo aspecto variaba, pero que siempre se manifestaba en el mismo sitio. Resolvieron ir á reconocer que era aquello, y encontraron una isla bastante grande, pero enteramente desierta y cubierta de bosques, por cuya razón la llamaron de la Madera (1420). Quizá tuviesen ya noticia de ella, porque en 1354 el inglés Macham, huyendo de la persecución de los parientes de Ana Dorset, de quien había llegado á ser esposo, había sido arrojado por la tempestad con sus compañeros y su mujer á aquella isla, en donde tuvieron que quedarse, porque su navio había sido arrebatado por las corrientes. Murió Ana, él mismo espiró sobre su sepulcro, y sus compañeros colocaron encima una cruz, destinada á recordar su deplorable historia; aprovechándose después de una embarcación que les deparó la suerte, llegaron á Marruecos y á España. Admitiendo que la poesía haya adornado ó inventado este hecho, atestiguan sin embargo que era ya conocida la existencia de la isla de la Madera.

La colonia de Puerto-Santo no prosperó, porque los conejos que á ella se llevaron se multiplicaron de tal modo que destruyeron la vegetación. Entonces se puso fuego á la isla de la Madera, y el incendio duró siete años: cuando concluyó, se plantaron algunos sarmientos de vides de Chipre, algunas cañas de azúcar de Sicilia, que prosperaron más de lo que podía esperarse. Estas ventajas fueron para don Enrique una recompensa y un poderoso estímulo; cuando todos se desanimaban á vista de los peligros que se sucedían unos á otros, reanimaban los espíritus abatidos, recogía noticias, dibujaba cartas, y daba instrucciones á los navegantes: «Tirad hácia al cabo Bojador,» les decía, «no le paseis, pero haceos á lo largo, y tendreis algun descubrimiento; después virad de bordo, y volveremos á empezar hasta que le hayamos doblado.»

Gil Yañez de Lagos, que partió para seguir la costa de África (1433) hasta el punto en que se creía que volvía hácia el Mediodía, dobló el temible cabo; pero cuando esperaba no encontrar más allá, sino tempestades y playas inabordables, vió que se le presentaba un mar tranquilo y climas afortunados: esto fué un incentivo para mayores expediciones.

Según el derecho público de la Edad Media, se consideraba al papa como el señor supremo de las islas, y esta idea, cualquiera que fuese su origen, no era dudosa para nadie; así es que hemos visto que los normandos, en cuanto conquistaron la Inglaterra y la Sicilia, ofrecieron al papa aquellos dos reinos, de que les concedió la investidura: que Urbano II dió la Córcega al obispo de Pisa, y Adriano IV la Irlanda á Enrique II de Inglaterra. Con arreglo á este principio, don Enrique pidió á Martín Vola investidura de los descubrimientos que hacía á sus expensas, y aquel pontífice, no sólo hizo donación perpétua á la corona de Portugal de todas las tierras que se encontrasen entre el cabo Bojador y las Indias orientales, sino que también concedió indulgencia plenaria al que muriese en una travesía, que debía ganar para el cielo tantas almas rescatadas por el agua del bautismo y civilizadas por el Evangelio.

Este fué, pues, el objeto á que en adelante se dirigió el magnánimo ardor que en tiempos anteriores impeliera á los cristianos á la Tierra Santa, reuniendo dos sentimientos poderosos, el gusto de las aventuras y la religión. Don Enrique envió á Antonio Gonzalez y Nuño Tristan en busca de nuevos descubrimientos. Pasadas cincuenta leguas del cabo Bojador, llegaron al cabo Blanco, en donde capturaron una docena de moros. Como los prisioneros eran personas de alto rango en su país ofrecieron grande rescate. Gonzalez quedó encargado en el año siguiente de volverles á su patria, en donde recibió en cambio otros esclavos, gran cantidad de polvo de oro y objetos raros y de gran precio, lo que valió al brazo de mar en donde habían penetrado los navios portugueses, el nombre de río de Oro. Alfonso V hizo fabricar con aquel oro una hermosa moneda que llamó *cruzado*, por la cruzada que entonces había publicado Calixto III, y en la cual prometiera tomar parte. Aquel metal fué el argumento convincente que triunfó de las razones que se oponían á las expediciones de don Enrique, hasta tal punto que muchos particulares armaron buques por su cuenta para llevar á cabo otras expediciones. Ya no se pensaba más que en un nuevo mundo habitado por otros pueblos: se ensalzaban los insignes progresos de la navegación, y principió á dudarse de la opinión, hasta entonces generalmente admitida, de que la zona tórrida fuese inhabitable (26). En

(26) Antonio Galateo, *De situ elementorum*, cita un genovés llamado Jorge, que sostenía la posibilidad de pasar la línea.

efecto, á medida que se iban descubriendo las tierras del Senegal, se las encontraba fértiles, muy pobladas, y de día en día iban desapareciendo las barreras que se creía que la naturaleza había opuesto á la estension de los descubrimientos.

Ya habia reconocido Tristan la isla de Arguin, y aun quizá tambien algunas de las del Cabo Verde y visitado la costa hasta Sierra Leona. Posteriormente algunos habitantes de Lagos equiparon á sus espensas, con consentimiento del monarca, seis carabelas para explorar la costa de Guinea. Mas habiéndoles faltado los viveres, se vieron obligados á volverse, pero no por eso dejaron de llevar algunos negros.

Aventureros de todos los países, y especialmente de Italia, fueron entonces á ofrecer sus servicios á don Enrique: en este número se encontraba Luis de Cadamosto, noble veneciano. Enviado con Vicente de Lagos visitó las Canarias y Madera: habiendo arribado luego al cabo Blanco y á la Gambia, se reunieron al genovés Antonio de Noli, que exploraba las costas por orden del príncipe, y regresaron juntos. Se leyó con avidez la relacion de este viaje, que publicó Cadamosto, y la de otro que se hizo dos años después, indicando en todas partes los usos del país, y señalando los rápidos progresos que allí hacian el comercio y las colonias. Se obtenian en Canarias y Madera hasta setenta especies de semillas, y las vides, la caña de azúcar, el palo de tinte y el pelo de cabra producian una riqueza inmensa. Los moros de los desiertos situados enfrente de la isla de Arguin, frecuentaban el país de los negros y la Berberia que confinaba con el Mediterráneo, y viajaban en caravanas con camellos cargados de plata, cobre y otros objetos, que cambiaban en Tumbuctú por oro, malaquitas y simiente de cardamomo. Los árabes llevaban tambien allí caballos, por cada uno de los cuales recibian de doce á diez y ocho esclavos: volvíanlos á vender en Tunez ó en Arguin, en donde los portugueses compraban de siete á ocho mil cada año para traficar con ellos en su patria. Antes los robaban del litoral ó de lo interior.

Cadamosto supo tambien que en Tegazza, distante seis jornadas de Hoden, se hacia gran extraccion de sal que se llevaba á Tumbuctú y de allí al imperio negro de Mellí, en donde se cambiaba por oro. Visitó el Senegal y el Niger, que las opiniones sistemáticas hacian nacer como los demás rios del Asia, en el paraiso terrenal. Aquellos jefes, entre quienes habia penetrado la religion mahometana, acogieron como huésped al veneciano, que pasando el cabo Verde y torciendo al Mediodía, encontró regiones en extremo riuñenas. El primer europeo que penetró en Africa por el rio de Oro, fué Juan Fernando, que en 1445 viajó siete meses entre los nómadas del Sahara, y dió una descripción de aquellos lugares anterior en un siglo á la de Leon el Africano.

Sin embargo, otras naciones se apresuraban á

imitar á los portugueses en los viajes de descubrimientos. Van-der Berg, navegante flamenco, arrojado por las tempestades á algunas islas del Atlántico, á doscientas cincuenta leguas de Portugal, y en la misma latitud, lo puso en conocimiento de la corte portuguesa que las hizo ocupar; y el gran número de azores que se encontraron en ellas, hizo que se las diese el nombre de aquellas aves. Son nueve, y se encuentran divididas en tres grupos por un mar borrascoso. Al Sur se halla la isla de Santa Maria: al Oeste y al Norte están Fayal, el Pico, San Jorge, Graciosa y Terceira: los dos islotes de Flores y Corvo están separados setenta leguas al Occidente. Suponen algunos que se enlazan por una cadena de escollos submarinos á Madera y Puerto Santo, y desde allí al continente africano, lo cual formaria una prolongacion de la cadena del Atlas producida por un mismo sacudimiento ó levantamiento. Como los autores más modernos clasifican las islas con los continentes á que se encuentran más cercanas, las Azores se han asignado á la Europa. Están sujetas á violentos temblores de tierra (27), pero en compensacion tienen un clima saludable, un terreno fértil, y valles muy hermosos, en donde prosperan los frutos de los dos hemisferios.

Don Enrique estableció en ellas (1449), con autorizacion del rey Alfonso, otras colonias para que fuesen como los puestos avanzados de la civilizacion europea, y puntos de expectativa y esperanza. La navegacion de estas islas llegó á ser una escuela práctica de marinos, preparatoria para los viajes de descubrimientos, hasta el momento en que reconocidas ya las costas del Africa, y encontrada la América, dejaron de tener el mismo interés, para no ser más que simples colonias ó sitios de escala.

Don Enrique (1465) continuó su tarea durante cincuenta y dos años, dedicando al acrecentamiento de los conocimientos marítimos, sus constantes afanes y las considerables riquezas que poseia como duque de Viseo y gran maestro de la orden de Cristo. Si no consiguió tanto como esperaba, y si sus buques no se aproximaron mucho al Ecuador, abrieron el camino para las tentativas que se siguieron y cambiaron el aspecto de la navegacion. Las disensiones de Alfonso V con Castilla le impidieron proseguir sus nobles designios, aunque cada día se sacaba más oro de aquellas regiones. Fernando Gomez le tomó en arrendamiento el tráfico con Guinea, mediante quinientos ducados anuales, y además la obligacion de estender sus

(27) El de 1591 duró con fuerza doce días. En 1720 en medio de terribles sacudimientos, salió una isla cerca de la de Terceira, y después apareció otra y lanzaban humo y escoria. En 1811 se elevó otra cerca de la de San Miguel de una legua de circuito y cien piés de altura, pero después volvieron á sumergirse todas.

exploraciones hasta quinientas leguas más allá. Este privilegio dió por resultado la suspension de los descubrimientos. Sin embargo, Juan de Santarem y Pedro de Escalona pasaron el cabo de Sierra-Leona, y volvieron á emprender en las costas de Guinea el comercio del oro, que segun se decia habian hecho un siglo antes comerciantes de Dieppe y de Ruan.

En aquella época (1481) fueron descubiertas las islas de Fernando Pó, del Príncipe, Santo Tomás y Annobon, distantes un grado escaso del Ecuador: por manera que cuando murió don Alfonso, los portugueses conocian ya toda la costa de Guinea, con las bahias de Benin y de Biafra, como asimismo las islas, y hasta los confines septentrionales del reino de Congo.

Juan II dió nuevo impulso á los descubrimientos, puesto que sus rentas, mientras fué infante, consistian en el producto del comercio con la Guinea, y en el oro que se traia del puerto de Mina. Consultó á la ciencia; y sus dos médicos Rodrigo y el judío José, astrónomos afamados, conferenciaron con Martin Behain, intrépido viajero, y consiguieron aplicar el astrolabio á la navegacion, á la que aquel instrumento proporcionó el medio de reconocer las latitudes por la altura del sol. Desde aquel instante los navegantes se sustrajeron á la dependencia de la tierra, y pudieron engolfarse en la inmensidad de los mares, seguros de poder asegurarse á su arbitrio de su posicion sobre las olas, y volver á encontrar el anhelado puerto (28).

El rey don Juan mandó construir una fortaleza y una iglesia en Mina, á donde envió materiales y una buena escuadra, mandada por don Diego de Azambuga. Desembarcaron los portugueses ocultando cuidadosamente sus armas, y enarbolaron su bandera en la ribera: después colocaron un altar á la sombra de un frondoso árbol y en él se celebró el santo sacrificio de la Misa. Camaranza, jefe de los negros fué á visitarlos con gran pompa y aparato de fuerza; Azambuga le presentó algunos regalos y le pidió permiso para formar un establecimiento en aquel sitio; pero le costó mucho trabajo vencer la justa desconfianza de los negros y sus ideas supersticiosas. Mas á pesar de todo hizo dar principio á los trabajos, y el fuerte de San Jorge de Mina no tardó mucho en quedar concluido.

De este modo quedaron aseguradas las con-

(28) MACEDO.—*Memoria sobre as verdadeiras epocas em que principiaram as nossas navegacoes*. Lisboa, 1835.

Indice cronologico del navegacoes, viagens, descobrimentos et conquistas dos portugueses nos países ultramarinos desde a principio de seculo xv, por el patriarca de Lisboa, 1841 en 8.º En otra memoria de 1844 quiere quitar á los árabes la gloria del descubrimiento de las Canarias. *Mem. en que se pretende provar que os Arabes nao conhecerao as Canarias antes dos Portugueses*. (Véase la nota E al fin del Libro).

quistas de Africa, y preparado el camino para el paso á las Indias. Don Juan tomó el título de señor de Guinea, y pidió al papa la confirmacion de las concesiones hechas á don Enrique, y el papa se lo concedió prohibiendo á las demás naciones cristianas introducirse en las posesiones de Portugal. Estaba tan reconocida la autoridad del pontífice en esta materia, que el rey de Inglaterra, Eduardo III, cuando recibió la notificacion del rey de Portugal, obligó á los navegantes ingleses que arribaban buques para el Africa á que renunciasen á dirigirse hácia aquellos parajes. A donde quiera que abordaban los portugueses, colocaban cruces de piedra con las armas de su reino, el nombre del monarca, el descubridor y la fecha, como acto de su toma de posesion.

El último descubrimiento hecho en el reinado de don Juan, fué el del cabo de Santa Catalina, por Diego Cano, que llegó al rio Zairo ó Congo. Habiendo subido por la corriente de aquel rio, encontró negros gobernados por un rey en que residia Banza, llamada después San Salvador. Se concilió su amistad haciéndoles algunos regalos, y llevó cuatro á Portugal para hacerlos instruir y que le sirvieran luego de intérpretes. Dotados de un talento y despejo natural, aprendieron bien pronto la lengua y dieron noticias al rey acerca de su país, el cual los volvió á enviar á él colmados de regalos para que invitasen á su rey á abrazar la religion cristiana. Éste recibió favorablemente á don Diego y envió, con él al rey de Portugal á uno de los suyos, que fué bautizado con el nombre de Juan Silva y del que fué padrino el soberano. El rey de Benin á quien Juan II habia enviado por embajador al célebre Zacuto, pidió misioneros, que á pesar de los obstáculos que encontró su celo, bautizaron muchos negros.

Los portugueses quedaron sumamente sorprendidos, cuando los que volvían de aquellos remotos países les refirieron que el cielo estaba allí formado con otras constelaciones que en nuestro hemisferio, y que el Africa en vez de ensancharse como creia Tolomeo, hacia una curva hácia Oriente. Entonces dedujeron que el Africa terminaba en punta, y que doblándola se llegaría á las Indias. Pero ¿no habia que temer nuevos peligros? ¿No dejaría acaso la brújula de mirar al polo Norte y desaparecería el medio de orientarse en un mar desconocido?

Supieron por aquellos negros, que á una distancia de veinte lunas, es decir, de doscientas cincuenta leguas al este de Benin, residia el poderoso rey Ogane, que gozaba de gran veneracion entre los jefes idolátras. Los reyes de Benin, á su advenimiento, le enviaban un magnífico regalo para que los confirmase la herencia de su antecesor. Ogane les enviaba en cambio un cetro y una especie de celada de cobre con un collar del mismo metal, insignias que á los ojos del vulgo hacian al príncipe legítimo. Jamás veian los embajadores á Ogane; únicamente cuando se despedian

de él, veían pasar un pie por debajo de la cortina de seda, detrás de la cual se mantenía oculto, y cuando habían hecho acatamiento á aquel pie, se les distribuía unas crucecitas.

Preste Juan.—Su nombre, su grandeza y aquellas cruces, hacían creer que era el Preste Juan, rey cristiano de dudosa existencia y á quien todos los viajeros han marcado diferente país. Rubruquis le habían colocado entre los mongoles, y Juan de Carpi en la India; otros en la Etiopía ó en los diferentes lugares en que habían encontrado algunos vestigios de cristianismo en medio de poblaciones bárbaras. Los portugueses creyeron que hacía largo tiempo que reinaba en África; y cuando don Pedro fué regente, tenía resuelto enviar á descubrir su residencia y solicitar su amistad. Este proyecto quedó entonces sin ejecución, pero las noticias últimamente recibidas, decidieron á informarse ulteriormente de lo que había de cierto. El rey envió, pues, al franciscano Antonio de Lisboa para que penetrase en la India por la Palestina y el Egipto, y procurase encontrar al misterioso Preste. Aquel religioso no pudo internarse mucho por no saber el árabe; pero el rey Juan se obstinó en descubrir á aquel quimérico Preste Juan, cuya alianza debía ser tan ventajosa. En su consecuencia, encargó al capitán Pedro de Covilham y Alfonso de Payva, que penetrasen en la India por tierra.

Reunidos á una caravana árabe de Fez y de Tremecen (1487), llegaron al monte Sinaí, recogiendo datos sobre el comercio de las Indias. En el puerto de Aden, en Arabia, se separaron: Payva pasó á Abisinia, mientras su compañero se dirigió á la India, por decirlo así, como precursor de los europeos, en aquellos mares en donde bien pronto debían desplegar todo su poder. Después de visitar á Calicut, Cananor y Goa, pasó por mar á Sofala, en Africa, para reconocer allí las minas de oro, cuya existencia le había sido revelada en la isla de la Luna, llamada después de Madagascar. Como supo por los judíos que Payva había muerto en el Cairo asesinado, resolvió buscar por sí mismo al Preste Juan. El negusc de Etiopía le dispensó excelente acogida, y encantado de su talento, quiso conservar-le á su lado mientras viviese: enriqueció, pues, á Covilham, que se casó en el país, llegó á los primeros empleos y no dejó ya su nueva patria. Veinte y tres años después, una embajada cuyo jefe era Rodrigo de Lima, le encontró allí todavía vivo, y recordando sin cesar á su antigua patria que no volvió á ver. Dirigió, sin embargo, frecuentes comunicaciones al rey de Portugal, asegurándole que si continuaban su camino hacia el Sud á lo largo del Africa occidental, los buques llegarían á la estremidad de aquel continente, y que en cuanto entrasen en el Océano oriental, harían vela hacia Sofala y la isla de la Luna. El paso del cabo era ya cierto, y no había más que efectuarlo; con este objeto se hizo al mar una escuadra á las órdenes del caballero Bartolomé Diaz.

El Cabo.—Este avanzó ciento veinte leguas más

que los navegantes anteriores (1486) y plantó la cruz dos grados más allá del trópico meridional. Corriendo entonces hacia el Mediodía con una audacia magnánima, y habiendo perdido de vista la tierra, fué arrojado por los vientos á una bahía, que por los muchos rebaños que desde ella vió, llamó de los vaqueros, situada á cuarenta leguas al Este del último cabo de Africa. Diaz hubiera querido doblarle, mas no notó que allí concluía el continente y continuó haciendo vela al Este hacia la isla de Santa Cruz. De cuando en cuando enviaba algunos negros que había llevado consigo para atraerse la amistad de los naturales, á hacer cambios, é informarse del Preste Juan; pero era imposible sacar partido alguno de aquellos hombres feroces y groseros. Cuando llegó á la bahía de Lagoa, las tripulaciones, reducidas á las mayores privaciones por haberse perdido el buque que conducía las provisiones, se sublevaron para obligarle á volverse. Pero Diaz, que tenía la persuasión de que no podía estar ya distante la estremidad del Africa, les exhortó á que continuasen todavía veinte y cinco leguas. No es fácil describir la alegría y el asombro de todos, cuando observaron que habían pasado el cabo que buscaban. Para colmo de felicidad, volvieron á Lisboa después de explorar trescientas leguas de costa, y dieron á conocer la verdadera posición del cabo. Le habían llamado *cabo de las Tormentas*, por los terribles huracanes que en él habían experimentado; pero el rey exclamó: *¡No quiera Dios que conserve un nombre de tan mal agüero!.. que se le llame el cabo de Buena Esperanza.*

Estaba, pues, resuelto el gran problema, conocida la forma del Africa, y más avivada que nunca la esperanza de llegar por este camino á las Indias.

Pero faltaba encontrar un hombre intrépido que se lanzase por aquellos mares desconocidos, cuando Vasco de Gama, noble, en quien la experiencia de la navegación corría parejas con el valor y la habilidad, se presentó al rey Manuel. Partió con tres buques y sesenta hombres (julio de 1497), y dirigió la proa á las islas de Cabo Verde: corrió hacia el Mediodía hasta que llegó á la bahía de Santa Elena (29), un poco al norte del Cabo, á cuya estremidad arribó en tres días. Allí parecía que una fuerza indomable, no el espectro evocado por Camoens, sino los terribles vientos del Sudoeste que en aquellos parajes soplan todo el estío, querían repelerle invenciblemente, y fué necesaria toda su destreza para apaciguar á la tripulación amotinada. Consiguó sin embargo atravesar el paso, encontró en la isla de la Cruz las últimas señales que había dejado Diaz, y vió inclinarse las costas del Africa hacia el Norte. No se apartaba nunca mucho de la tierra, para regirse por las car-

(29) No debe confundirse esta bahía con la isla de aquel nombre, que no fué descubierta hasta 1502 por Juan de Nova.

tas é indicaciones de Covilham, y exploraba con frecuencia las costas. Después de pasar á Sofala, echó por fin el ancla en Mozambique.

Aquella ciudad estaba gobernada por un príncipe mahometano, y habitada por moros y árabes, que recelosos de la inesperada concurrencia de los cristianos, procuraron perderlos por cualquier medio. Para librarse de sus asechanzas, Vasco prosiguió su camino hacia Chiloa, dirigido por un piloto del país; pero contrariado por las corrientes llegó á Mombaza. Recibido en aquella costa con las mismas disposiciones pérfidas por parte de los musulmanes, continuó hasta Melinda, en donde el rey le recibió cortesmente, y los habitantes sin ninguna muestra de desconfianza. Encontró allí muchos navios de la India, y algunos cristianos que le dieron noticias muy oportunas. El rey le proveyó de un piloto llamado Malemo Cano, de Guzerate, que era muy experimentado en aquellas aguas, y que al ver el astrolabio con que los portugueses observaban la altura meridional del sol, les dijo que también se usaba en el mar Rojo.

En veinte y tres días llegaron á Calicut, la ciudad más rica y comerciante de la India. Estaba gobernada por un zamorín, que prometió hacer á Gama los honores dispensados á los embajadores de los más grandes potentados. Los incesantes lazos de los musulmanes hacían á los portugueses desconfiados; pero Vasco quiso, á pesar suyo, trasladarse á la corte del príncipe, después de prescribir á su hermano lo que debía hacer en caso de que fuese muerto. Tomó tierra con doce de los más esforzados, atravesó á Calicut en medio de una multitud de curiosos, y llegó á la residencia del zamorín, situada á cerca de cinco millas de distancia. Recibió en un principio señales de cortesía y algunas esperanzas, pero bien pronto las su-

cedieron la falsía y la envidia: la poca importancia de los regalos las aumentó, y se trató de sorprender la escuadra. Descubrióse la trama, y Vasco supo, uniendo la intrepidez á la astucia, inspirar respeto á la corte, y convencerla de las ventajas que la reportaría un tratado con los portugueses. Habiendo conseguido de este modo el volver á bordo, levantó el ancla con presteza, y regresó á Europa á anunciar su descubrimiento dos años después de su partida. El rey en su enajenamiento, le tituló señor de la navegación, de la conquista y del comercio de Etiopía, de Persia y de las Indias (30).

(30) Una de las obras más importantes por la crítica de los autores que han tratado de los descubrimientos, es la que publicó el vizconde de SANTAREM, con el título de *Indagaciones sobre la prioridad del descubrimiento de los países situados en la costa occidental de Africa, más allá del cabo Bojador, y sobre los progresos de la ciencia geográfica, después de las navegaciones de los portugueses en el siglo XV.* Paris, 1842. Examinando con atención los escritores europeos y orientales, y principalmente las cartas, el autor llega á probar que antes de Colon nadie había pensado que fuese posible, atravesando el Atlántico, llegar á las tierras occidentales, así como tampoco nadie antes de los portugueses había doblado el cabo Bojador; y que los cosmógrafos únicamente después de este hecho, añadieron en las cartas países nuevos, pero que en realidad todos conservaron los nombres hidrográficos portugueses. La conclusion es quizá demasiado absoluta, pero las observaciones de Santarem son muy preciosas, como también su atlas de cartas-portulanos y mapa-mundi de los siglos XI y XVII, en su mayor parte inéditas: porque suministra términos de comparación para apreciar los progresos de la ciencia, mucho más completamente que pudiera hacerlo la historia.